

Fitxes per a la formació dels grups en la dimensió social – curs 2006/2007

1. La dimensió apostòlica de la vocació cristiana

El término *apóstol* es una palabra griega que significa *enviado*. El cristiano es un llamado para ser enviado a hacer presente el Reino de Dios en el mundo; esa es la misión que Dios nos ha encomendado. La vocación cristiana tiene una dimensión apostólica, es decir misionera, que arranca del propio Jesús.

Jesús, el apóstol del Padre al servicio de Reino

«Después que Juan fue apresado, Jesús marchó a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”» (Mc 1,14-15). La vida de Jesús se centró en el anuncio del Reino, y se consagró por entero a esta misión; quería anunciar y hacer presente la vida de Dios en las personas.

Jesús, con sus palabras y sus gestos, hace presente el Reino de Dios entre los suyos. Así, con las parábolas anuncia la llegada humilde de ese Reino, lo presenta bajo la imagen de banquete, y proclama las actitudes con las que debe ser recibido: vigilancia, disponibilidad, humildad, conversión, perdón mutuo, dejarlo todo... En el sermón de la montaña (cf. Mt 5–7) Jesús proclama las bienaventuranzas del Reino y nos propone un estilo de vida alternativo, basado en la confianza plena en Dios, en la solidaridad fraterna, en la austeridad de medios, en la conversión del corazón.

Jesús acompaña sus palabras con numerosos gestos que manifiestan que el Reino de Dios está presente en El para transformar a las personas.

«Id a contar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Mt 11,4-5; cf. Is 35,5-6; 42,18; 61,1).

Los gestos que realiza Jesús testimonian que el Padre le ha enviado y permanece en El. Invitan a creer en Jesús. Jesús no ha pretendido acabar con todas las enfermedades, ni atender a todos los necesitados de su época. Sólo realiza unos pocos gestos, pero al liberar a algunas personas del hambre, de la injusticia, de la enfermedad y de la muerte, realizó los signos mesiánicos anunciados por los profetas. Con estos signos pretendía expresar que quería liberar a las personas de todo mal físico y espiritual, especialmente del pecado, el peor de los males ya que es el obstáculo de la comunión con Dios y la causa de todas las divisiones y servidumbres humanas.

Todas las personas están llamadas a entrar en el Reino; aunque para entrar en él es necesario acoger la palabra de Jesús. El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús invita incluso a los pecadores al banquete del Reino: les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con su acogida la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos.

El gesto supremo que realiza Jesús del anuncio e instauración del Reino es la entrega de su vida a la muerte violenta en cruz. Por ello la muerte de Jesús desemboca en la resurrección, la vida plena y definitiva que el Padre le da.

La comunidad apostólica de Jesús, la Iglesia

Desde el principio de su vida pública, en cumplimiento de su misión, Jesús llamó a personas en su seguimiento hasta formar una comunidad de discípulos. De entre ellos eligió a doce para convivir con él y participar de su misión apostólica.

«Subió Jesús al monte y llamó a los que quiso y se le acercaron a él. Designó a doce, a los que llamó apóstoles, para que convivieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar a los demonios» (Mc 3,13-15).

Estos Doce son modelo y figura de toda la comunidad apostólica de discípulos de Jesús. Ellos son el germen de los que Jesús ha convocado en torno suyo y que constituyen su familia, la de aquellos que escuchan la palabra de Dios y la viven cada día.

«Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Ya sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo» (Mt 28,18b-20).

Los discípulos de Jesús reciben la misión universal del Resucitado. Esta misión consiste en congregar a los que consagrados por el bautismo, harán realidad el estilo de vida de Jesús en la tierra hasta el final de los tiempos. Las últimas palabras de Jesús son una exhortación a comunicar a otros la Buena Noticia desde la certeza que el Resucitado sigue presente en medio de su comunidad, la Iglesia.

El mandato misionero, apostólico, del Señor arranca del misterio de Dios: el amor del Padre manifestado a toda la humanidad; y tiene como finalidad la de hacer participar a todas las personas de la comunión que se vivirá plenamente en el Reino, y de la que ahora la comunidad cristiana universal, con sus palabras y sus gestos, es su sacramento.

La misión apostólica eclesial se desarrolla en el campo evangelizador, y en el campo asistencial y promocional. La Iglesia anuncia el evangelio a las personas que no lo conocen o que lo tienen olvidado, sea en los países de tradición cristiana o de otras tradiciones religiosas y culturales; pero la Iglesia asiste también las diversas necesidades básicas humanas en el campo de la educación, de la salud, o de infraestructuras; así como también promueve condiciones humanas y sociales más justas. De esta manera continúa el anuncio del Reino, cuyo núcleo es la misma persona del Resucitado, por medio de palabras y de gestos que las hacen creíbles.

La vocación apostólica de todo cristiano

Todo cristiano y toda cristiana, por el mismo hecho de ser discípulo y discípula de Jesucristo y de pertenecer, por el Bautismo y la Confirmación, a la comunidad del Resucitado, participa de la misión apostólica eclesial. La vocación cristiana conlleva la dimensión apostólica de forma inseparable. Ello afecta por igual a los pastores y a los cristianos laicos.

«Los cristianos laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios... A ellos de manera especial corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor» (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 31).

Los cristianos laicos tienen el derecho y la obligación, en virtud del Bautismo y Confirmación de trabajar en forma individual o asociada al servicio del Reino de Dios, en sus múltiples dimensiones, participando así de la triple misión de Cristo: sacerdote, profeta y mesías. Todo cristiano, como *sacerdote*, ofrece a Dios el trabajo cotidiano, la vida familiar y social, las penas y alegrías de la vida; como *profeta* anuncia la palabra de Vida en cualquier circunstancia y situación, sea con su palabra o con su testimonio; como *mesías*, colabora, mediante gestos concretos, en la asistencia, promoción y transformación de las personas, especialmente de los más pobres y necesitados.

«Así todo cristiano laico, pro los mismos dones que ha recibido de Dios, es a la vez testigo e instrumento vivo de la misión de la Iglesia misma» (*Lumen Pentium*, 42).

Cuestionario

- ¿Qué me impresiona más de la vida apostólica de Jesús? ¿Y de los primeros cristianos?
- ¿Cuáles son los retos pastores de la Iglesia de hoy? ¿Y en nuestra diócesis?
- De todos ellos, ¿cuáles me parecen más urgentes? ¿Por qué?
- ...

Para ampliar

Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 541-553, 849-860, 897-913.